

Evocación del maestro

César Correa

¿Quién eres que blandes tu espíritu como la espada? ¿Contra qué o quién vil ser luchas, que batallas en los lugares donde menos vida prolifera?

Eres la tercera intempestiva de Nietzsche, el martillo que modela el hierro y el acero que arden en pasiones.

Luchad, pues muchos usurpadores pretenden arrebatarte la sustancia más importante de tu ser.

Y al final, qué terminas siendo, sino la inspiración, el maná que fragua los sueños de las virtudes de tantos hombres.

Muchas personas claman tu nombre, ya que fuiste el único capaz de enseñarles el camino, el escape a nuestra realidad.

Pero ¿qué ocurre? ¿Quiénes son los que te acompañan en la construcción del mañana en el hoy? Todos ellos parecieran querer imitarte o siquiera poder calificarse con la fuerza en que te llaman los coros celestiales.

No decaigas ante la ingratitud y la hipocresía de los fariseos que se esconden en la filas, no creas en la mano que se tiende a ti, mientras en la otra esconden la cicuta con que desean envenenarte.

Sé lo suficientemente fuerte como para impulsar a tus discípulos al abismo, pero no para que se estrellen, sino para que vuelen y escarben en su profundidad las partes más recónditas de nuestra enferma humanidad.

Huye de las imitaciones y las emulaciones, pues no hay cosa más patética que aquel que hace de su ser, un no ser.

Procura ver en tus escuchas a maestros también y dedica tiempo a escucharles, porque es por ellos que tú puedes llegar a las empinadas cumbres.

Por favor cuida tu lenguaje y las palabras que usas, ya que palabra que no pronuncies con el hálito hirviendo en tu interior, serán las mismas letras manchadas y muertas que mañana cubrirán tu tumba.

No te restrinjas y permítete admirar a quienes obran bien. Sigue su senda, supéralas, pero nunca les olvides, pues ellos fueron la piedra de toque y el impulso necesario para librar tu alma de las desgracias de la existencia.

Acaba tu pelea, entrégale la paz a aquel ruin fariseo y vuelve a tu montaña cual Zaratus-tra, sabio, desengañado y tan sólo quizás con la esperanza de que tus palabras hayan cambiado al menos un hombre.